

Todavía es posible erradicar el hambre

por **José Graziano Da Silva**
Director General de la FAO*

La edición de este año del informe *El Estado de la Seguridad Alimentaria y la Nutrición en el Mundo* marca el inicio de una nueva era en el seguimiento de los progresos relacionados con la consecución de un mundo sin hambre ni malnutrición en el marco de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS). En concreto, en el presente informe se hace un seguimiento de los avances logrados en la erradicación del hambre (meta 2.1 de los ODS) y la malnutrición en todas sus formas (meta 2.2). En el documento se incluye también un análisis temático de la forma en que la seguridad alimentaria y la nutrición se relacionan con los avances en la consecución de otras metas de los ODS. Ampliar la cobertura temática para incluir la nutrición ha supuesto que en la edición de este año el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) y la Organización Mundial de la Salud (OMS) se incorporen a la colaboración que la FAO, el FIDA (Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola) y el Programa Mundial de Alimentos, vienen manteniendo desde hace años para elaborar este informe anual. Los desafíos a los que nos enfrentamos son considerables. Una de las conclusiones más preocupantes es que, después de registrar un descenso prolongado, las estimaciones más recientes indican que en 2016 el hambre aumentó en el mundo y actualmente afecta a 815 millones de personas. Además, aunque sigue es-

tando muy por debajo de los niveles observados hace una década, el porcentaje estimado de la población mundial que padece hambre también aumentó en 2016. En algunas zonas del mundo, este reciente aumento ha alcanzado un nivel extremo, con la declaración de hambruna en ciertas áreas de Sudán del Sur a comienzos de 2017 y las alertas de alto riesgo de hambruna en otros lugares (noreste de Nigeria, Somalia y Yemen). En 2016, la situación de la seguridad alimentaria empeoró gravemente en varias zonas del África subsahariana, Asia sudoriental y Asia occidental. El deterioro se hizo más evidente en situaciones de conflicto, en particular en zonas donde los efectos de los conflictos sobre la seguridad alimentaria se vieron agravados por sequías o inundaciones relacionadas en parte con el fenómeno de El Niño. No obstante, el empeoramiento de las condiciones de la seguridad alimentaria también se ha observado en entornos más pacíficos, especialmente en lugares donde la desaceleración económica ha aminorado las reservas de divisas y los ingresos fiscales, afectando negativamente a la disponibilidad de alimentos —debido a una menor capacidad de importación— y al acceso a la alimentación, por la reducción del espacio fiscal para proteger a las familias pobres del aumento de los precios nacionales de los alimentos. La tendencia al alza de la subalimentación no se ha visto reflejada todavía en las tasas de desnutrición infantil crónica, que continúan bajando. No obstante, en el mundo siguen viviendo 155 millones

de niños que padecen retraso del crecimiento. Los niveles de desnutrición crónica siguen siendo inaceptablemente elevados en algunas regiones y, en el caso de que se mantengan las tendencias actuales, no se alcanzará la meta de los ODS de reducir el retraso del crecimiento infantil para 2030. La desnutrición aguda sigue amenazando la vida de casi 52 millones de niños (el 8% de los niños menores de cinco años), mientras que los índices de sobrepeso y obesidad aumentan en la mayoría de las regiones, en el caso de los niños, y en todo el mundo en el caso de los adultos, lo cual pone de manifiesto que las múltiples cargas de la malnutrición constituyen un motivo de gran preocupación. La incapacidad para reducir el hambre en el mundo está estrechamente relacionada con el aumento de los conflictos y la violencia. En la Parte 2 del informe se intenta facilitar una comprensión más clara de este nexo entre las situaciones de conflicto y la seguridad alimentaria y la nutrición, y demostrar las razones por las cuales las iniciativas para combatir el hambre deben ir de la mano de las que están encaminadas a mantener la paz. Durante el último decenio, los conflictos han aumentado de forma alarmante y se han vuelto más complejos y difíciles de solucionar. Algunos de los porcentajes más elevados de niños que padecen inseguridad alimentaria y malnutrición están en países afectados por conflictos, una situación que todavía resulta más alarmante en países caracterizados por conflictos prolongados y la fragilidad de sus instituciones. Las señales de alarma



ROMA. Presentación en la sede de la FAO del informe sobre 'El Estado de la Seguridad Alimentaria y la Nutrición en el Mundo'. En el centro, el Director General de la FAO, José Graziano Da Silva, a su derecha el Presidente del Fida, Gilbert F. Houngbo, y a su izquierda el Director Ejecutivo del PMA, David Beasley. ©FAO

se han activado y no podemos ignorarlas: será imposible erradicar el hambre y todas las formas de malnutrición para 2030 a menos que abordemos todos los factores que socavan la seguridad alimentaria y la nutrición. Garantizar sociedades pacíficas e inclusivas (ODS 16) es una condición necesaria para este fin. Estamos más decididos y comprometidos que nunca a intensificar la adopción de medidas dirigidas a cumplir con las ambiciones de la Agenda 2030, y lograr un mundo en el que no se padezca hambre, malnutrición ni pobreza. Erradicar el hambre y todas las formas de malnutrición es un objetivo ambicioso, pero creemos firmemente que es un logro alcanzable si intensificamos nuestros esfuerzos comunes y trabajamos

para abordar las causas subyacentes a la inseguridad alimentaria, que afecta a tantas personas, poniendo en peligro sus vidas, su futuro y el porvenir de sus sociedades. Resulta evidente que los conflictos constituyen un importante desafío para cumplir este objetivo y deben aplicarse estrategias multisectoriales de asistencia humanitaria, ayuda al desarrollo y mantenimiento de la paz que aborden las necesidades inmediatas al tiempo que se realicen las inversiones adecuadas destinadas a fomentar la resiliencia a fin de lograr paz, seguridad alimentaria y nutrición duraderas para todos.

*(Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura).

Aumenta el hambre en el mundo

Tras un descenso prolongado a nivel mundial, ahora el hambre está aumentando de nuevo. En 2016 el número de personas subalimentadas llegó a los 815 millones. Las principales causas son: los conflictos, el cambio climático y la migración.

El número de personas subalimentadas en el mundo aumentó hasta los 815 millones en 2016, en comparación con los 777 millones de 2015. La cifra sigue siendo inferior a los 900 millones de personas subalimentadas registradas en el año 2000. Este aumento reciente es motivo de gran preocupación y plantea un reto significativo en relación con los compromisos internacionales de acabar con el hambre para 2030.

Estas noticias tan graves llegan en un año en que se ha declarado una hambruna en un país (Sudán del Sur) y se han identificado varias situaciones de crisis en cuanto a la inseguridad alimentaria que corren el riesgo de convertirse en hambrunas en otros varios países. La situación de la seguridad alimentaria ha empeorado visiblemente en varias zonas del África subsahariana y el Asia sudoriental y occidental en particular. Se ha observado un empeoramiento

sobre todo en las situaciones de conflicto, a menudo agravadas por la sequía o inundaciones (vinculadas en parte al fenómeno El Niño).

LA PREVALENCIA DE LA SUBALIMENTACIÓN

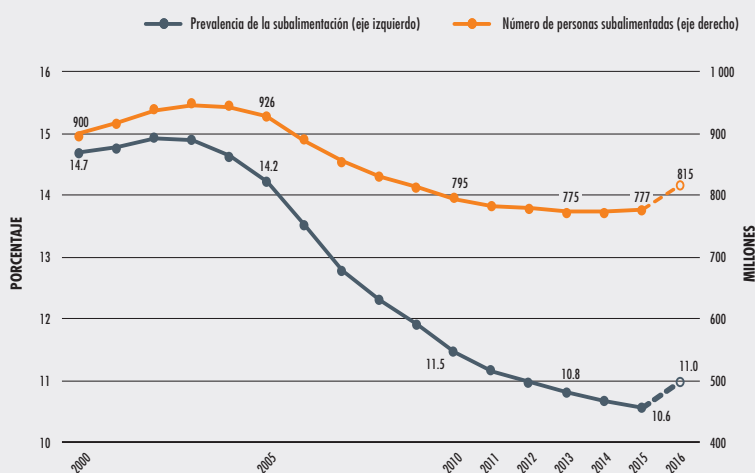
Las estimaciones más recientes de la prevalencia de la subalimentación muestran que, pese al importante crecimiento de la población, el porcentaje de personas subalimentadas en el mundo disminuyó del 14,7% en 2000

al 10,8% en 2013 (Figura 1). Sin embargo, el ritmo de disminución se ha ralentizado recientemente de forma significativa, paralizándose prácticamente entre 2013 y 2015. Lo más preocupante es que, según las estimaciones de la FAO para 2016, la prevalencia de la subalimentación en 2016 podría haber aumentado al 11%, lo que supone un retorno al nivel de 2012 y sugiere un posible cambio de la tendencia descendente propia de los últimos decenios.

El número absoluto de personas en el mundo afectadas por la carencia crónica de alimentos empezó a aumentar en 2014 —de 775 millones de personas pasó a 777 millones en 2015— y ahora se estima que ha aumentado aún más: 815 millones en 2016. El África subsahariana sigue siendo la región con la mayor prevalencia de la subalimentación, que en 2016 afectaba a un porcentaje alarmante del 22,7% de la población. Esta situación es especialmente

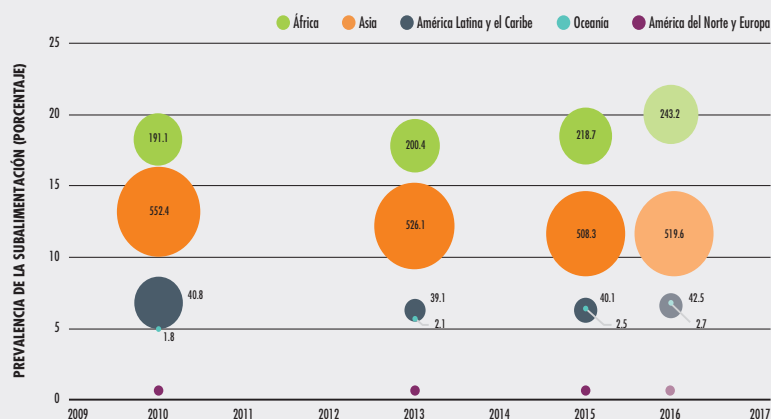
urgente en el África oriental, donde se estima que una tercera parte de la población está subalimentada. Debido en parte al tamaño de su población, en Asia se registra el mayor número de personas subalimentadas. La FAO estima que, en 2016, casi 520 millones de personas en Asia, más de 243 millones en África y más de 42 millones en América Latina y el Caribe no tenían acceso a suficiente energía alimentaria (Figura 2).

FIGURA 1 EL NÚMERO DE PERSONAS SUBALIMENTADAS HA IDO EN AUMENTO DESDE 2014, ALCANZANDO UNA CIFRA ESTIMADA DE 815 MILLONES EN 2016



NOTA: Prevalencia y número de personas subalimentadas en el mundo, 2000-2016. Las cifras para 2016 son previsiones de estimación. FUENTE: FAO

FIGURA 2 LA PREVALENCIA DE LA SUBALIMENTACIÓN ES MAYOR EN ÁFRICA; EL NÚMERO ABSOLUTO DE PERSONAS SUBALIMENTADAS ES MÁS ELEVADO EN ASIA



NOTA: Comparación entre la prevalencia y el número de personas subalimentadas por región. El tamaño de los círculos representa el número de personas que se consideran subalimentadas, expresado en millones. Las cifras para 2016 son previsiones de estimación. FUENTE: FAO.

Conflictos, seguridad alimentaria y nutrición: la necesidad de una paz sostenible

A principios de 2017 se declaró una hambruna en Sudán del Sur y se activaron alertas por el riesgo elevado de que se produjera una situación similar a la hambruna en el noroeste de Nigeria, en Somalia y en Yemen. Los conflictos y las guerras civiles son denominadores comunes en todos estos casos, puesto que se producen en la mayor parte de los otros países que padecen crisis alimentarias. Además, en la actualidad, la FAO considera que 19 países sufren crisis prolongadas. Actualmente, estos 19 países están inmersos en situaciones de conflicto y violencia, a las que generalmente se suman fenómenos climáticos adversos como sequías prolongadas, que afectan seriamente a la producción de alimentos y a los medios de vida.

Las personas que viven en países afectados por conflictos tienen más probabilidades de padecer inseguridad alimentaria y subalimentación. Las últimas estimaciones de la FAO referentes a 2016 indican que 815 millones de personas en el mundo —equivalente a poco más de una de cada nueve— están subalimentadas. La mayoría de ellas (489 millones) vive en países que hacen frente a situaciones de conflicto, violencia y fragilidad, en los que la prevalencia de la subalimentación es más alta que en países que no están afectados por conflictos.

Los conflictos y la violencia han provocado el desplazamiento de millones de personas, lo que genera y prolonga la inseguridad alimentaria en las comunidades receptoras. Por ejemplo, la guerra en la República Árabe Siria ha provocado que más de seis millones de personas huyan de sus hogares y se desplacen a otras zonas del país, y que otros cinco millones lo hagan a cinco países vecinos. En la actualidad, las personas desplazadas transcurren un promedio de más de 17 años en campos o con comunidades receptoras. Estos cinco casos demuestran claramente cómo los conflictos afectan de una manera muy directa a la seguridad alimentaria y la nutrición.

1. SUDÁN DEL SUR: CONFLICTO Y HAMBRE

En diciembre de 2013, dos años y medio después de que Sudán del Sur obtuviera su independencia, estalló un episodio de violencia a gran escala en la región del Gran Nilo Superior, que en 2016 ya se había extendido hacia Gran Ecuatoria y el oeste de Bahr el Ghazal. El conflicto, que todavía persiste, provocó que la inseguridad alimentaria aguda aumentara drásticamente y que en febrero de 2017 se declarara una hambruna en algunas partes del norte del Estado de Unidad. Más de 4,9 millones de personas (por encima del 42% de la población)

Hay 19 países en el mundo que sufren crisis alimentarias prolongadas provocadas por los conflictos y la violencia. De las 815 millones de personas que sufren de hambre en el mundo, 489 viven en estos países. En el siguiente artículo se analizan cinco casos que nos pueden ayudar a entender esta realidad.

están gravemente afectadas por la inseguridad alimentaria en la actualidad, una cifra que se prevé aumentará hasta los 5,5 millones en 2017 si no se aborda la situación. El conflicto armado y la violencia en la comunidad están destruyendo los medios de vida rurales, diezmando los activos, ahondando la pobreza y aumentando la vulnerabilidad de millones de personas. El acceso a los alimentos se ha visto perjudicado por el fuerte aumento de los precios; la inflación se ha visto impulsada por el desabastecimiento, la devaluación de la moneda y los elevados costos de transporte debidos a la inseguridad a lo largo de las principales rutas comerciales. En las zonas más afectadas, los alimentos se están utilizando como arma de guerra, ya que el bloqueo del comercio y las amenazas a la seguridad dejan a las personas abandonadas en lugares inhóspitos y sin acceso a los alimentos ni a la asistencia sanitaria.

El acceso de la ayuda humanitaria a las zonas más afectadas es limitado, debido a que las facciones beligerantes bloquean de forma intencionada la ayuda alimentaria de emergencia, secuestrando los camiones que la transportan y asesinando a los trabajadores de socorro. La falta de protección de los civiles ante la violencia ha generado 1,9 millones de desplazados internos y más de 1,26 millones de refugiados, que han perdido sus medios de vida y dependen de la ayuda para sobrevivir.

2. YEMEN: CONFLICTO, COLAPSO ECONÓMICO Y DESTRUCCIÓN DE LOS MEDIOS DE VIDA RURALES Y URBANOS

En marzo de 2017 se calcula que 17 millones de personas en Yemen padecían inseguridad alimentaria grave (fases 3 y 4 de la Clasificación Integrada de las Fases de la Seguridad Alimentaria) y que necesitaban ayuda humanitaria urgente. Ello representa el 60% de la población. La desnutrición infantil crónica (retraso del crecimiento) ha constituido un grave problema por mucho tiempo, pero la desnutrición aguda (emaciación) de 2014. La entrada de refugiados se ha dejado sentir especialmente en la vivienda y los mercados de trabajo y en la calidad y disponibilidad de servicios públicos. La oferta de mano de obra ha aumentado hasta un 50% y el número de los estudiantes de la escuela pública lo ha hecho entre un 30% y un 35%. También ha repuntado la demanda de servicios públicos de asistencia sanitaria.



COLOMBIA. Miembros de la Asociación Apacambi trasplantando hortalizas de ñame. Más de 250.000 personas han sido asesinadas y millones desplazadas durante los 52 años de conflicto armado que ha sufrido el país. ©FAO

alimentaria extrema y pobreza creciente. La situación nutricional ha empeorado a causa de varias circunstancias entre las que figuran: el desmoronamiento del sistema sanitario y su infraestructura; un brote de cólera y otras epidemias que afectaron a varias prefecturas en 2016 y que se mantienen en 2017; el agotamiento de los ahorros causado por la pérdida de las redes de seguridad y los salarios públicos; el deterioro de las estrategias de resistencia de los medios de vida; y la disminución de la capacidad de acceder a los alimentos física y económicamente.

3. EL LÍBANO: PRESIÓN ECONÓMICA Y DIFICULTADES EN LA SANIDAD PÚBLICA

La crisis en la República Árabe Siria ha tenido un efecto inmenso en el Líbano, que ha experimentado una desaceleración económica y tiene que lidiar con la llegada de más de 1,5 millones de refugiados. Esta desaceleración económica es la consecuencia del aumento de la inseguridad, la interrupción de las rutas comerciales y la pérdida de confianza de inversores y consumidores. Las exportaciones y las inversiones directas extranjeras cayeron un 25% entre 2013 y 2014 y el turismo ha descendido un 60% desde el inicio de la crisis. La deuda pública alcanzó el 141% del PIB a mediados de 2014. La entrada de refugiados se ha dejado sentir especialmente en la vivienda y los mercados de trabajo y en la calidad y disponibilidad de servicios públicos. La oferta de mano de obra ha aumentado hasta un 50% y el número de los estudiantes de la escuela pública lo ha hecho entre un 30% y un 35%. También ha repuntado la demanda de servicios públicos de asistencia sanitaria.

La crisis está teniendo repercusiones desproporcionadas en los hogares que ya son vulnerables, no solo porque aumenta la competencia por el empleo no cualificado y los sobrecargados servicios públicos, sino también porque la mitad de los refugiados viven en el tercio más pobre de los distritos. El Banco Mundial calculó que el índice de pobreza habría aumentado un 3,9% a finales de 2014 debido al conflicto sirio. Las personas que ya eran pobres lo serán aún más y cabe esperar efectos adversos en la seguridad alimentaria y la nutrición.

4. COLOMBIA: DESALOJO Y DESPOSESIÓN DE LOS RECURSOS NATURALES Y LA TIERRA

Colombia fue testigo de un conflicto que duró cinco décadas y que dejó a seis millones de desplazados internos, lo que equivale al 14% de la población total. Fue la consecuencia de las estrategias sistemáticas de desalojo y desposesión adoptadas por grupos armados en su intento de apoderarse de los territorios rurales, controlar los recursos naturales y las tierras de valor, y apropiarse de las rentas asociadas a estos recursos. Las estrategias de desplazamiento forzoso también se han asociado con la economía del narcotráfico, para cuyo crecimiento es necesario controlar rutas y tierras destinadas a producir cultivos ilegales. La escala y la magnitud del desplazamiento forzoso no es únicamente el principal efecto del conflicto armado, sino también la principal fuente de inseguridad alimentaria. Las poblaciones más pobres y vulnerables, incluidas las comunidades étnicas, son las que han sufrido en mayor medida las repercusiones. Las estrategias de desalojo y desposesión adoptadas

por los rebeldes conllevaron en primer lugar el desplazamiento de los agricultores y los hogares rurales, mientras que la propiedad de la tierra se concentraba en unas pocas manos y tenían lugar cambios duraderos en el uso de la tierra y la producción agrícola (para pasar del cultivo de alimentos básicos al de productos de uso industrial, como el aceite de palma y las hojas de coca). Ello afectó a la pobreza y a la desigualdad, además de a la producción de alimentos y el acceso a los mismos. Solo entre 1980 y 2010, se calcula que se abandonaron 6,6 millones de hectáreas de tierra como consecuencia del desplazamiento. Esta cifra sería incluso más elevada si se hubieran incluido los territorios de las comunidades étnicas. La desposesión se concentró principalmente en las pequeñas propiedades y explotaciones, lo que afectó en particular a las familias rurales más pobres y vulnerables. Llegó a ser decisivo que Colombia compensara las pérdidas materiales sufridas por los desplazados y las poblaciones rurales a consecuencia del conflicto, entre otras cosas, instigando la restitución de las tierras y las viviendas, y mejorando el acceso al capital de explotación y los bienes de producción.

5. ETIOPÍA, KENYA Y UGANDA: RUPTURA DE LOS SISTEMAS TRADICIONALES Y DEGRADACIÓN AMBIENTAL

Los conflictos prolongados y recurrentes han alterado los patrones de pastoreo de los pastores afectados en Etiopía, Kenya y Uganda, y han reducido su resiliencia y sus estrategias de supervivencia. La FAO ha documentado los efectos de los conflictos sobre el desmantelamiento de los sistemas tradicionales y la forma en que ello ha incidido en la degradación ambiental, minando la

viabilidad a largo plazo de los medios de vida pastoriles. En Kenya, algunos informadores importantes en Kula Mawe (Borana) indicaron que incluso en época de paz, el pastoreo se limita a un radio de 15 kilómetros por miedo de los asaltos organizados por delincuentes somalíes o de la tribu de los samburu. Concentrar el ganado en zonas limitadas provoca pastoreo excesivo y la degradación general del medio ambiente. En Uganda, los pastores se han visto obligados a establecerse en zonas concentradas, lo cual ha generado sobrepastoreo y degradación ecológica, dos problemas que están poniendo en peligro sus medios de vida y la capacidad de la comunidad de hacer frente a las sequías y otras catástrofes relacionadas con el clima. La congestión de los asentamientos está provocando la pérdida de la capa vegetal del suelo debido a la erosión. Las comunidades también padecen escasez y sobreutilización del agua debido a la mayor cantidad de personas y de ganado. El exceso de cultivo y de presión sobre los suelos han provocado pérdida de fertilidad del suelo, deforestación y agotamiento de biomasa. Esta degradación ambiental se ve agravada por la tala de árboles y la siega de hierba para la construcción, la obtención de leña, la quema de carbón para uso doméstico y la venta para generar ingresos. En Etiopía, los conflictos violentos intermitentes entre los borana, los guji y los konso se han convertido en algo habitual. Si bien se producen a escala local, estos conflictos presentan una dinámica jurídica, política y económica muy compleja que adquiere dimensiones nacionales e incluso regionales, y que engloba a las comunidades y sus aliados de todas las zonas de Etiopía y del otro lado de la frontera con Kenya.

La desnutrición infantil sigue disminuyendo, pero los niveles de sobrepeso aumentan

La desnutrición, el sobrepeso y las enfermedades no transmisibles asociadas coexisten ahora en muchas regiones, países e incluso en los hogares.

Los datos sobre diversas formas de malnutrición apuntan a que la prevalencia del retraso del crecimiento en niños disminuye de forma constante, tal como se evidencia en los promedios mundiales y regionales. Al mismo tiempo, el sobrepeso en niños menores de cinco años se está convirtiendo en un problema creciente en la mayor parte de las regiones, y la obesidad en adultos sigue incrementándose en todas ellas. Coexisten, por tanto, distintas formas de malnutrición en países que experimentan al mismo tiempo elevadas tasas de desnutrición infantil y de obesidad en adultos.

En el segundo de los diecisiete Objetivos de Desarrollo Sostenible, se hace un llamamiento para que se ponga fin a “todas las formas de malnutrición” para 2030, un objetivo que también persigue el Decenio de las Naciones Unidas de Acción sobre la Nutrición. La malnutrición abarca desde la desnutrición crónica hasta el sobrepeso y la obesidad. Afecta a las poblaciones a lo largo del ciclo de vida, desde su concepción y durante la infancia hasta la adolescencia, la edad adulta y la vejez. La malnutrición puede ser reflejo de carencias de macronutrientes (carbohidratos, grasas o proteínas) o micronutrientes (vitaminas y minerales). Puede ser aguda —debido a una crisis inmediata en cuanto al acceso a los alimentos, la ingestión insuficiente de nutrientes o infecciones— o crónica, con la consiguiente acumulación de efectos nocivos durante períodos de tiempo prolongados. La desnutrición, el sobrepeso y las enfermedades no transmisibles asociadas coexisten ahora en muchas regiones, países e incluso en los hogares.

LA DESNUTRICIÓN AGUDA EN NIÑOS MENORES DE CINCO AÑOS

Según las últimas estimaciones para 2016, 155 millones de niños menores de cinco años en todo el mundo padecen desnutrición crónica. A nivel mundial, la prevalencia de la falta de crecimiento disminuyó de 29,5% a 22,9% entre 2005 y 2016. Sin embargo, de mantenerse las tendencias actuales, habría 130 millones de niños con deficiencia en talla para su edad en 2025. Entre los factores determinantes del retraso del crecimiento cabe citar los siguientes: perturbaciones en la salud y la nutrición maternas antes y durante el embarazo y el período de lactancia, amamantamiento inadecuado, prácticas deficientes de alimentación de lactantes y niños pequeños, y entornos poco saludables para los niños, incluyendo la falta de higiene y de saneamiento.

LA DESNUTRICIÓN CRÓNICA EN NIÑOS MENORES DE CINCO AÑOS

Este fenómeno se observa en niños demasiado bajos para su edad, lo que a su vez es reflejo de un estado crónico de desnutrición. Cuando los niños tienen un crecimiento retardado antes de los dos años de edad, corren un mayor riesgo de contraer enfermedades más adelante en la infancia y la adolescencia.

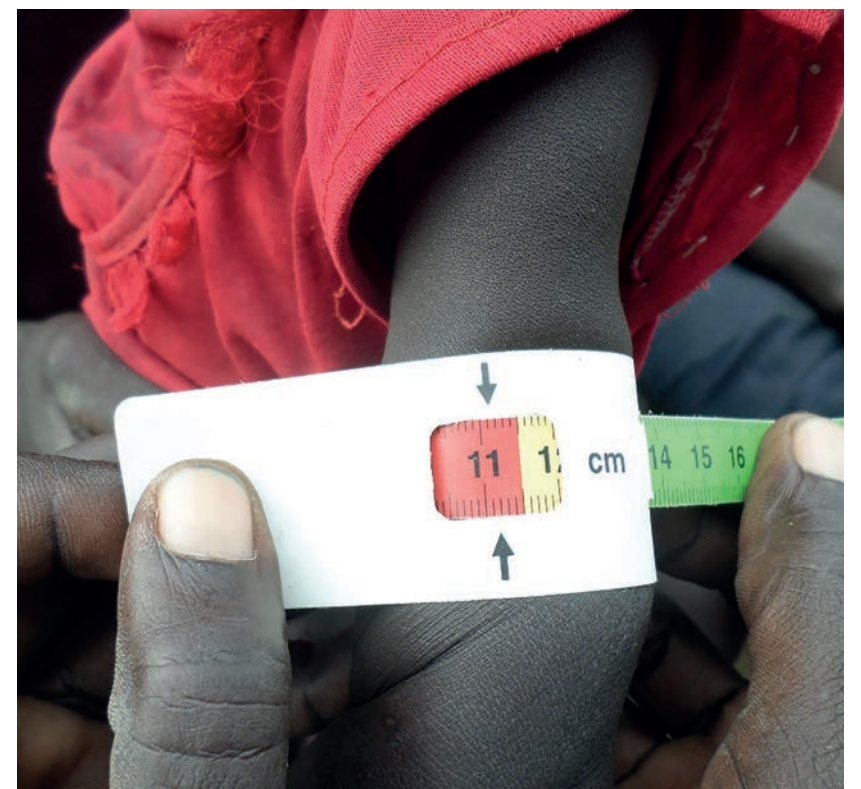
de contraer enfermedades no transmisibles, incluidas las enfermedades cardiovasculares, la diabetes y algunos tipos de cáncer. Las enfermedades no transmisibles constituyen las principales causas de muerte y enfermedad en todo el mundo y contribuyen a las desigualdades sociales. La prevalencia mundial de la obesidad ha aumentado a más del doble entre 1980 y 2014. En 2014, más de 600 millones de adultos eran obesos, el equivalente a aproximadamente el 13% de la población adulta del mundo. La prevalencia es mayor en promedio entre las mujeres (15%) que entre los hombres (11%). Aunque varía mucho entre las distintas regiones del mundo (Figura 4), el problema es más grave en América del Norte, Europa y Oceanía, donde el 28% de los adultos son obesos, en comparación con el 7% en Asia y el 11% en África. En América Latina y el Caribe, aproximadamente una cuarta parte de la población adulta actual es considerada obesa.

La desnutrición infantil aguda, o niños con bajo peso para su altura, refleja un proceso reciente y agudo que conduce a la pérdida de peso o un aumento insuficiente de peso. La desnutrición aguda se debe generalmente al bajo peso al nacer, a una dieta inadecuada, a prácticas deficientes en el cuidado de los niños y a infecciones. Todos estos aspectos revisten gran importancia debido al consiguiente aumento del riesgo de contraer enfermedades y de morir. En 2016, este tipo de desnutrición afectaba al 7,7% (51,7 millones) de niños menores de cinco años en todo el mundo. Alrededor de 17 millones de niños sufren de desnutrición aguda.

LA OBESIDAD EN ADULTOS

La obesidad en adultos es una consecuencia a largo plazo de consumir más energía de la que se gasta. Es un factor importante de riesgo

de contraer enfermedades no transmisibles, incluidas las enfermedades cardiovasculares, la diabetes y algunos tipos de cáncer. Las enfermedades no transmisibles constituyen las principales causas de muerte y enfermedad en todo el mundo y contribuyen a las desigualdades sociales. La prevalencia mundial de la obesidad ha aumentado a más del doble entre 1980 y 2014. En 2014, más de 600 millones de adultos eran obesos, el equivalente a aproximadamente el 13% de la población adulta del mundo. La prevalencia es mayor en promedio entre las mujeres (15%) que entre los hombres (11%). Aunque varía mucho entre las distintas regiones del mundo (Figura 4), el problema es más grave en América del Norte, Europa y Oceanía, donde el 28% de los adultos son obesos, en comparación con el 7% en Asia y el 11% en África. En América Latina y el Caribe, aproximadamente una cuarta parte de la población adulta actual es considerada obesa.



SUDÁN DEL SUR. La malnutrición severa es la mayor preocupación del país debido a la falta de acceso a alimentos nutritivos. En épocas de escasez, sus habitantes dependen de asistencia humanitaria para sobrevivir. ©FAO

FIGURA 3 EL SOBREPESO EN NIÑOS ESTÁ AUMENTANDO EN CASI TODAS LAS REGIONES¹

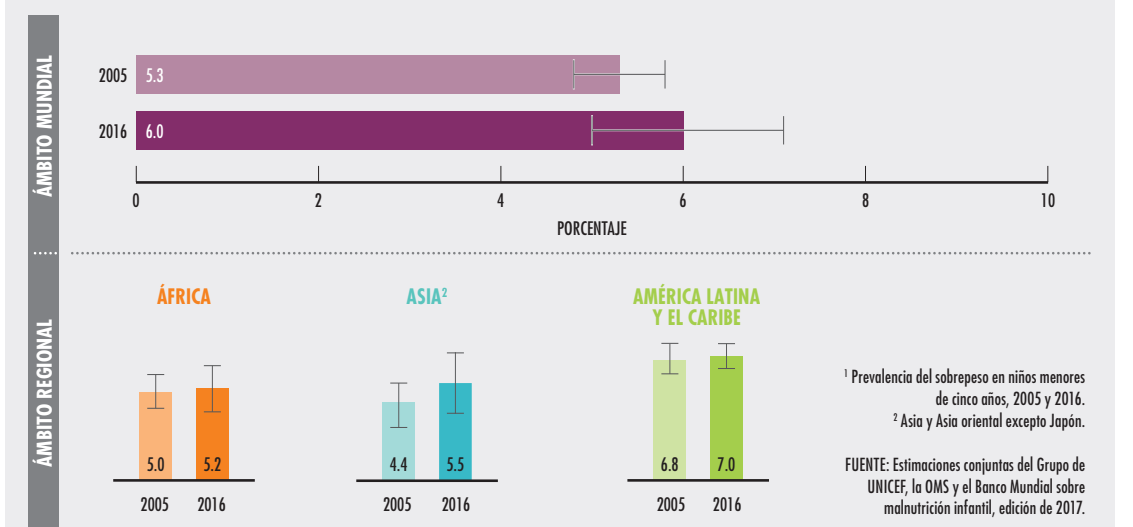
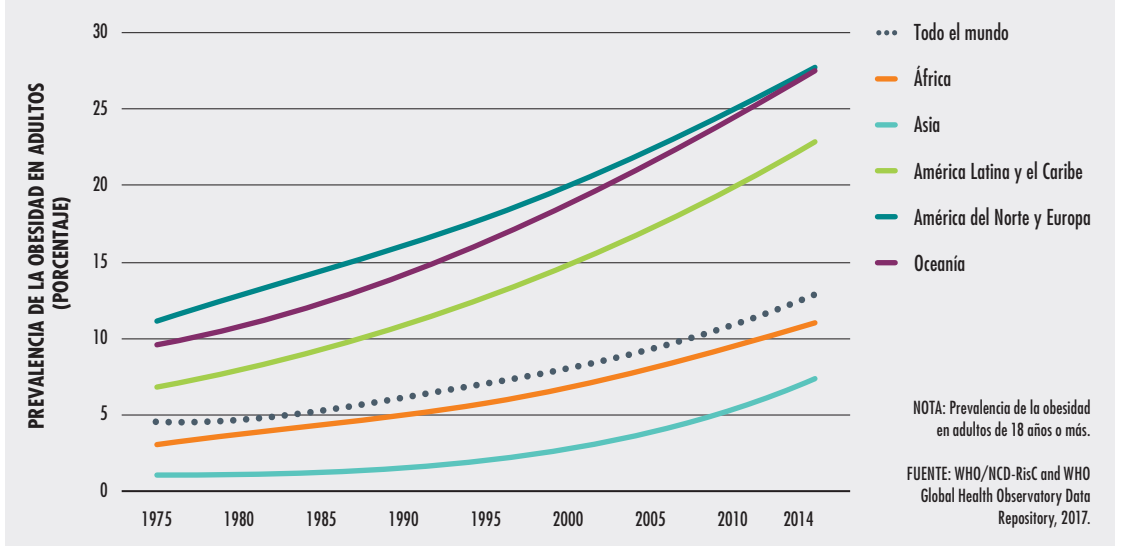


FIGURA 4 LA OBESIDAD EN ADULTOS ESTÁ AUMENTANDO A UN RITMO ACELERADO EN TODAS LAS REGIONES



¿Por qué aumenta ahora el hambre?

Los conflictos y el cambio climático provocan un cambio de tendencia al alza en la inseguridad alimentaria a nivel mundial

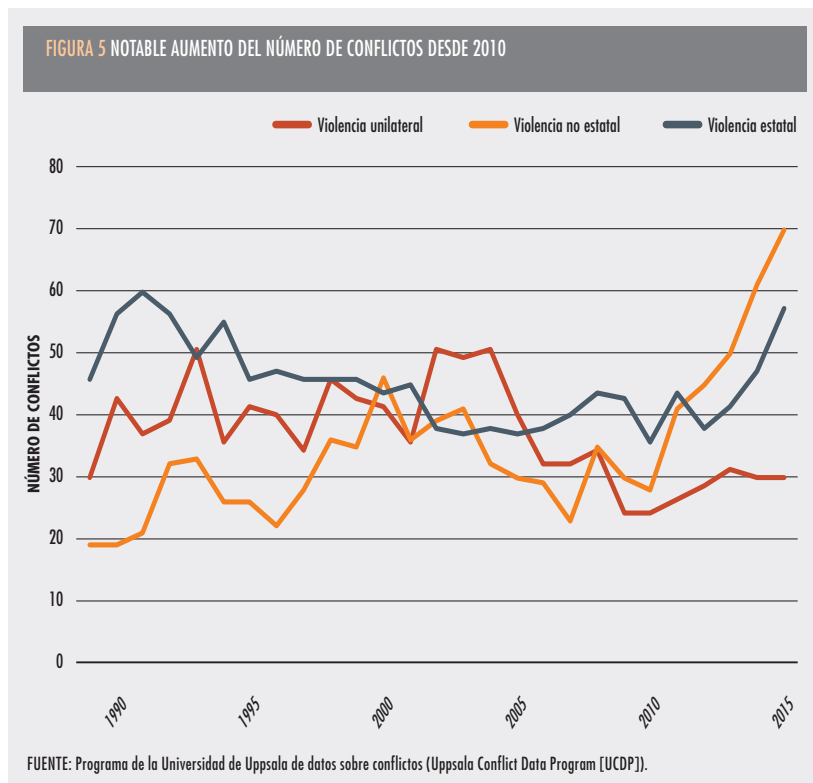
por Enrique Yeves*

No son datos buenos, más bien al contrario. La tendencia a la baja de las cifras de los afectados por hambre en el mundo ha visto un repunte inesperado que cambia la curva descendente en la lucha contra el hambre y pone en jaque la posibilidad de alcanzar la meta de Hambre Cero para el año 2030 que propugna la agenda establecida por la comunidad internacional. Por primera vez en los últimos diez años vuelve a aumentar el número de hambrientos: ¿por qué este cambio de tendencia?

Dos son las causas principales: los conflictos y el cambio climático.

Solo en 2016, los efectos de largo alcance de los conflictos violentos y la inseguridad civil dejaron a más de 63 millones de personas en 13 países con un elevado grado de inseguridad alimentaria grave y con necesidad de ayuda humanitaria urgente. Las correlaciones simples muestran un mayor grado de inseguridad alimentaria y de desnutrición crónica y aguda en países afectados por conflictos. Un 60 por ciento de los 815 millones de personas que sufren hambre en el mundo vive en países afectados por conflictos, al igual que el 75 por ciento de niños desnutridos.

En 2016, el promedio no ponderado de la prevalencia de subalimentación en países afectados por los conflictos fue casi ocho puntos porcentuales superior al de los países que no estaban afectados por conflictos. Esta diferencia es incluso más pronunciada en relación con la desnutrición infantil. Casi 122 millones de niños menores de cinco años con retraso del crecimiento —es decir, el 75%— viven en países afectados por conflictos, y la diferencia en cuanto al promedio de la prevalencia entre los países afectados y no afectados por conflictos es del 9%. Los problemas de la inseguridad alimentaria y la malnutrición graves tienden a amplificarse cuando peligros naturales como sequías e inundaciones se suman a las consecuencias de los conflictos. Con el cambio climático aumenta además la diabólica combinación de conflictos y catástrofes naturales que no solo agrava los problemas de la inseguridad alimentaria y la nutrición, sino que también puede contribuir a alimentar la espiral



que conduce al conflicto, la crisis prolongada y la continua fragilidad.

La situación alimentaria mundial se ha deteriorado principalmente en zonas del África subsahariana, sudeste asiático y Asia occidental. Son todas zonas con conflictos y en particular donde los conflictos tienen lugar junto con sequías e inundaciones. Son fenómenos meteorológicos asociados a El Niño y la Niña así como al cambio climático. De hecho esta combinación letal de conflicto y sequía está detrás de las hambrunas en Sudán del Sur, el nordeste de Nigeria, Somalia y Yemen. Sólo en dichos países más de 20 millones de personas están seriamente afectadas por el hambre.

LAS CONSECUENCIAS: EL DESPLAZAMIENTO DE PERSONAS

El 56% de la población en países afectados por situaciones de conflicto vive en zonas rurales, donde los medios de vida dependen en gran medida de la agricultura. En contextos de crisis prolongadas, la proporción de la población que vive en zonas rurales es del 62% en promedio, pero puede superar el 80% en casos como Burundi, Etiopía y Níger. La mayor parte de los conflictos afecta a zonas rurales y sus poblaciones, y perjudica gravemente a la agricultura, los sistemas alimentarios y los medios de vida. En muchos países afectados por conflictos, la agricultura de subsistencia sigue siendo fundamental para la seguridad alimentaria. Según la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), se calcula que en

FIGURA 6 LOS CONFLICTOS Y LA CONSIGUIENTE CRISIS ALIMENTARIA PROVOCARON UN DESPLAZAMIENTO GENERALIZADO DE MÁS DE 15 MILLONES DE PERSONAS EN 2016

DESPLAZAMIENTO LOS CONFLICTOS CAUSARON DESPLAZAMIENTOS GENERALIZADOS (INTERNOS/EXTERNOS)

- REPÚBLICA ÁRABE SIRIA
4,8 MILLONES
- YEMEN
3,2 MILLONES
- IRAQ
3,1 MILLONES
- SUDÁN DEL SUR
3 MILLONES
- NORESTE DE NIGERIA
2,1 MILLONES
- SOMALIA
2,1 MILLONES

NOTA: Número de personas desplazadas debido a conflictos en las seis crisis alimentarias más importantes a nivel mundial en 2016.

FUENTE: Red de Información sobre Seguridad Alimentaria. 2017. Informe mundial sobre las crisis alimentarias 2017. Roma.

2016 había 64 millones de personas desplazadas en el mundo, de las cuales 16 millones eran refugiadas y 36,4 millones, desplazadas internas. La mayoría de los desplazados por la fuerza se concentran en países en desarrollo de África, Cercano Oriente y Asia meridional. Más de la mitad de los refugiados del mundo procede de países afectados por conflictos (Figura 6). Actualmente hay nueve países con más del 10% de su población refugiada o desplazada; en Somalia

y Sudán del Sur, más del 20% de su población son personas desplazadas y en la República Árabe Siria, más del 60%. Es el número más elevado de la historia, puesto que la guerra y la persecución siguen aumentando. Actualmente, una de cada 113 personas en el mundo es refugiada o desplazada interna, o está buscando asilo.

* Enrique Yeves es periodista especializado en temas de política internacional y actualmente Director de Comunicación de FAO

Un paso atrás en América Latina

por Julio Berdegué* y Pablo Aguirre**

El 15 de septiembre se dio a conocer el informe *El Estado de la Seguridad Alimentaria y la Nutrición en el Mundo*, publicación conjunta de cinco organizaciones de las Naciones Unidas, incluida la FAO. El estudio, de 144 páginas, presenta numerosos resultados y análisis en diversas dimensiones, pero el mensaje es uno: tras una larga tendencia a la baja en los niveles de hambre en el mundo, hoy estamos en retroceso.

Se estima que 815 millones de personas sufren hoy hambre, lo que corresponde a un aumento de 38 millones respecto al año anterior. Este es un retroceso inaceptable, en especial si recordamos que hace solo dos años, los países del mundo asumieron una meta central de los Objetivos de Desarrollo Sostenible: eliminar el hambre del planeta en 2030.

Complementando el anterior, FAO y la Organización Panamericana de la Salud, han publicado el *Panorama de la Seguridad Alimentaria y Nutricional en América Latina y el Caribe 2017*. El mensaje es igual: también se está perdiendo terreno en la batalla contra el hambre.

Comparando con la última medición, 2,4 millones de personas han caído en condición de subalimentación. En total, 43 millones de personas en América Latina y el Caribe sufren hambre. En siete países, más del 15% de la población está en esta condición: Antigua y Barbuda, Estado Plurinacional de Bolivia, Granada, Guatemala, Haití, Nicaragua y Santa Lucía.

Si proyectamos las tasas más recientes, sólo ocho países alcanzarán la meta de Hambre Cero en el 2030: Brasil, Chile, Colombia, Cuba, Jamaica, México, Trinidad y Tobago y Uruguay. Es decir, hay que hacer un mayor esfuerzo para llegar a la meta comprometida.

Brasil, Cuba y Uruguay lideran los progresos hechos contra la subalimentación y Chile, Argentina, y México son parte del grupo de países avanzados. Todos ellos tienen menos de 4.2% de su población carente por subalimentación. Sin embargo, varios de estos han entrado en una etapa en que el avance es más lento, justo cuando la meta está ya al alcance de la mano. Desde 1990, México solo ha reducido la incidencia del hambre en 2.5 puntos porcentuales, y Argentina apenas en 1.7.

Países como Nicaragua y Bolivia representan otra realidad. Son naciones en las que los niveles de hambre son altos, superiores al 17%, pero lo importante es que están haciendo bien las cosas y avanzan rápidamente en la dirección correcta. Destacamos el caso de Nicaragua, con una impresionante reducción de 35 puntos porcentuales desde 1990. Bolivia también se mueve a buena velocidad en la dirección adecuada, disminuyendo el hambre en casi 16 puntos porcentuales desde 1990.

Podemos identificar un tercer grupo de países, donde el problema empeora respecto al último año. Costa Rica, con 5.6% de su población sufriendo de subalimentación, es uno de los países con mejores cifras, pero el problema ha aumentado recientemente. Antigua y Barbuda, Granada, Perú, Santa Lucía y Venezuela, han retrocedido en comparación con el 2016 y, en el último caso, de manera significativa. El reciente retroceso de Perú se debe a que este país tiene una trayectoria exitosa de largo plazo, pues ha disminuido el hambre en 22 puntos porcentuales desde 1990, lo que lo deja país con solo 8% de incidencia. Dadas las tendencias expuestas, ¿cuáles deben ser las estrategias para que en 2030 podamos decir que América Latina y el Caribe es una región libre de hambre?

En países como Guatemala o Haití, que aún cuentan con un alto porcentaje de su población con hambre, es necesario desplegar una estrategia amplia y transversal, es decir, que cubra casi cada rincón. El Plan de Seguridad Alimentaria y Nutricional de la CELAC o la Iniciativa Mesoamérica sin Hambre, contienen propuestas basadas en las mejores experiencias regionales. Estos países, pero especialmente Haití, requieren de la cooperación internacional acompañada de una voluntad política nacional fuerte.

En países que ya tienen la meta a la vista, la estrategia básica que ha funcionado en décadas anteriores, debe ser ajustada. Estos países entran a la etapa más dura, la que persiste en estratos sociales de pobreza profunda, donde factores como las debilidades institucionales, las desigualdades étnicas y de género, la exclusión social, o el aislamiento geográfico, hacen que las políticas habituales, sean menos eficaces. Es como el alpinista que busca llegar a la cumbre del Everest: el esfuerzo en los últimos 500 metros, es mucho mayor que el requerido en las etapas anteriores. Desde la FAO proponemos que se identifiquen con precisión esos estratos sociales, país por país, y, para cada uno de ellos, se diseñe un programa hecho a medida.

Hay un factor, sin embargo, que es el más importante en cualquiera de los países. América Latina y el Caribe solo podrá anunciar que es una región libre de hambre en el 2030, si es que nuestros líderes políticos, sociales, empresariales, todos y cada uno de nosotros, hacemos realidad la convicción de que tener poblaciones hambrientas en una afrenta a nuestra propia dignidad y a nuestra marca vergonzante que no estamos dispuestos a tolerar.

* Representante Regional de la FAO para América Latina y el Caribe

** Asistente Técnico del Representante Regional de la FAO para América Latina y el Caribe